

Autor: Fatima Kaoly Mendoza Aldama

Plantel: CBTis 199 “Emiliano Zapata”

### **La expiración de la inocencia.**

La luna se dio la vuelta, las estrellas cerraron los ojos. Las nubes recorrían el cielo mirando el espectáculo. El viento silbaba una melodía de suspenso y los grillos se carcajeaban. La vida en la ciudad seguía. Las tonadas de los autos encendidos se fusionaban con las lágrimas de aquella recámara de hotel.

Sasha sonreía, disfrutaba la sensación de la sangre atravesar sus manos, disfrutaba ver el rostro aturdido del hombre con quien compartió un trago en el bar unas horas atrás. Llevaba tiempo buscándolo y asechándolo, llevaba tiempo deseando ver cómo la vida de ese hombre se extinguía, lenta y dolorosamente.

Tan solo tenía 8 años cuando fue escondida por última vez debajo de la cama. Tan solo tenía 8 años cuando escuchaba cómo golpeaban a su madre. Tan solo tenía 8 años cuando escuchaba gritos ahogados y veía cómo la ropa se esparcía por el suelo. Tan solo tenía 8 años cuando el hombre salió de la recámara, girando su rostro a la cama donde la mujer se hallaba. Tan solo tenía 8 años cuando observó esa afilada y enferma sonrisa. Tan solo tenía 8 años cuando salió de su escondite y miró a su progenitora demacrada. El reloj marcó las 00:00 horas. Tan solo tenía 9 años cuando la vida de su madre se apagó frente a sus ojos.

Y ahora tenía solo 27 años cuando enterraba el cuchillo en la piel de unos brazos y la rasgaba. Solo tenía 27 años cuando sonreía de manera coqueta a un ensangrentado hombre atado en una silla. Solo tenía 27 años cuando su inocente expresión cambió a una aterradora, mientras la mordaza evitaba que el hombre gritara. Solo tenía 27 años cuando se permitió recordar a la mujer que amaba. Solo tenía 27 años cuando las gotas de agua salada surcaban su rostro y se perdían en su barbilla. Solo tenía 27 años cuando enterraba una y otra vez el afilado artefacto en cuerpo ajeno. Solo tenía 27 años cuando el débil y desgastado cuerpo fue arrojado debajo de la cama.

El reloj marcó las 00:00 horas cuando la puerta fue abierta y el corazón de aquel hombre escondido dejó de latir. Ahora tenía 28 años mientras cruzaba el umbral. Ahora tenía 28 años cuando a su lado y en dirección contraria avanzó la muerte. Ahora tenía 28 años cuando al entrar en el elevador se colocaba su gabardina negra y sus guantes azabaches. Ahora tenía 28 años cuando al salir del ascensor un apuesto hombre entraba y sus miradas se cruzaron.

Ahora, con 28 años, ya había elegido a su siguiente víctima.